

FIESTA DE LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR (B)
Profesión Monástica Temporal del G. Pau Valls y Gonzàlvez
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
6 de Agosto de 2015
2 Pe 1, 16-19; Cor 9, 2-10; Mc 9, 2-10

No, hermanos y hermanas, lo que sabemos acerca de Jesucristo no es sacado de mitos o leyendas. La primera lectura insistía en ello. Lo que sabemos de él se basa sobre unos testigos que vieron como actuaba y escucharon lo que decía. Nuestra fe, pues, se fundamenta en una persona histórica que vivió entre los apóstoles y ellos nos han transmitido el testimonio. Fueron descubriendo paulatinamente su persona; a veces los desconcertaba, sobre todo cuando veían la oposición que encontraba en las autoridades religiosas en contraste con la estima que le tenía el pueblo sencillo, y aún más cuando les hablaba de la cruz que había que asumir. Escuchaban su enseñanza y se iban preguntando quién era aquel hombre. Comprobaban que era fiel a las enseñanzas de Moisés y que en él se iban realizando las profecías. Pero les costaba entender que cada vez su vida corría más peligro.

Antes de sumergirse en la pasión, Jesús quiso manifestarles algo de su identidad más profunda. Escogió tres testigos de entre sus apóstoles y los llevó a *una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador*, mientras la voz divina lo revelaba como el *Hijo amado* del Padre. Les dejó vislumbrar, por tanto, su condición de hombre-Dios, antes de adentrarse por el camino doloroso y oscuro de la pasión, en el que la deberían acompañarle; precisamente los tres testigos de la transfiguración lo serán, también, de la angustia de Getsemani, cuando en la debilidad de la naturaleza humana tendrá que afrontar un combate interior dramático para aceptar la pasión que le venía encima. Aunque les manda guardar en secreto la experiencia de la transfiguración vivida en la *montaña*, ha dejado intuir a estos tres apóstoles que verán, también, su fragilidad, su gloria que se manifestará plenamente en el momento de su *resurrección de entre los muertos*.

Jesús no es un superhombre. Si bien ahora se ha manifestado en la luz fulgurante de la transfiguración, deberá pasar por la oscuridad de la agonía en Getsemani y por suplicio atroz de la cruz. En él, Dios se ha hecho plenamente uno de nosotros y ha experimentado el sufrimiento para decirnos cómo nos comprende, cómo nos ama y cómo lucha con nosotros contra el mal que nos abrumba y cómo nos lleva a superar la muerte.

Los cristianos, como decía, no seguimos unas ideas, sino a una persona viva: Jesús de Nazaret, hijo de María e Hijo de Dios. Acogiendo en la fe la voz del Padre que nos dice que lo escuchemos, hemos descubierto que su Palabra, que es la nueva ley que debe ser interiorizada en el corazón, ilumina la humanidad hasta que él retorne para establecer por siempre su Reino. Escuchando a Jesucristo hemos aprendido que hay que perderlo todo para poder ganarlo todo; hemos comprendido que vale la pena gastar la propia vida a causa de él y de ponerla al servicio de los hermanos.

Esta es la razón que lleva, también hoy, a llamar a las puertas de los monasterios y a pedir la misericordia de Dios y compartir la fraternidad con los hermanos que viven en estos. Es un opción que sólo tiene sentido cuando uno ha dejado entrar a Jesucristo en la propia vida y se ha sentido profundamente amado por él. A veces, después de haberlo dejando de lado y de haber vivido de espaldas a él durante años.

La tradición monástica ha visto desde los inicios la fiesta de la transfiguración -común a oriente y occidente- como un día muy apropiado para profesar como monje. Porque en el itinerario monástico, con la ascesis que supone, es, ayudado por la gracia del

Espíritu, como una subida existencial hacia donde se encuentra el Cristo. En el monasterio, unido a los hermanos que recorren la misma experiencia espiritual, va haciéndose cada vez más atento a la Palabra de Dios, contenida en los dos testamentos, que le va revelando el rostro de Jesucristo y transformando el monje por dentro. Ahora lo contempla con el velo de la fe pero desea ardientemente ver su faz gloriosa, lo que ocurrirá al término del camino de esta vida. Mientras, debe ir reproduciendo la vida de Jesucristo en sí mismo, tanto en la filiación divina como en el servicio a los hermanos. Así participa de los sufrimientos de Cristo con la paciencia, en una alternancia de luces y oscuridades, hasta poderlo contemplar tal como es en su Reino (cf. RB Prólogo, 50).

El G. Pau, después de tres años de discernimiento personal y comunitario, hoy, con la profesión temporal se compromete a avanzar por este camino, que es un proceso de transformación personal hasta revestirse de Jesucristo y llegar a la plena unión con él, para ser transfigurado a su imagen. Lo hace integrándose en nuestra comunidad de Montserrat. Para nosotros, los monjes, como tantos y tantos peregrinos, la montaña de Montserrat es nuestra montaña de la transfiguración, donde escuchamos la Palabra del Padre, donde vamos conociendo al Hijo presente en la Eucaristía y en el hermano y donde nos dejamos instruir por el Espíritu Santo. Montserrat es el lugar donde vivimos el proceso espiritual de la identificación con Jesucristo, acompañados por la solicitud maternal de Santa María que intercede para que el Cristo se vaya formando cada vez más intensamente en nuestra persona. Pidámoslo hoy de un modo particular para nuestro G. Pau, que ahora hará ofrenda a Dios de todo lo que es y de todo lo que tiene para incorporarse a nuestra comunidad de monjes con la profesión temporal.